

**“Cuando el dolor nos oprime / y la ilusión ya no brilla,
MADRE de todos los hombres, / enséñanos a decir: AMEN”**

José María Romeo Pallás
Universidad de Zaragoza

Pasa uno por los pueblos alzando un vuelo de ajenas curiosidades y de ellos vuelves trayendo contigo caudal copioso de impresiones, porque lo corriente para los demás es lo extraordinario para ti, ya que nada hay que te parezca conocido aunque otras veces hayas visto semejante; que todo influye, el color del cielo, accidentes de la tierra, matiz de las plantas, carácter de las personas, hasta el tono en la algarabía de las voces callejeras, para dar a cuanto pudiera parecer conocido marcadas condiciones de novedad.

El campo del espíritu se ensancha con estas visitas, aunque sean rápidas y no lleguen sino a teñir por un instante la retina con el impresionismo de los paisajes nuevos, que dejan de serlo al rendirles el homenaje de un primer examen y el breve sentimiento de una pasajera atención. Con ser tantos los motivos del más alto interés que encierra conocer a Graus, éstos no se limitan a su casco urbano, sino que se prolongan por todo el ámbito de su término municipal, al ponerte en contacto con las tierras que integraban Ribagorza, recordándote, a la vez, los tres ejes fundamentales que definían en sentido norte-sur la geografía del condado: el Noguera Ribagorzana, el Isábena y el Esera son los ríos principales, que nacen en los Pirineos y que corren hacia el sur, ese sur que entonces representaba el enemigo musulmán, según describe F. Galtier Martí, “Ribagorza, condado independiente”, pág. 33. Una serie de afluentes, cuyos trazados son más o menos perpendiculares a sus ríos principales, completan la red hidrográfica, originando la apariencia de un mosaico imperfecto, en el que cada una de sus teselas es un valle.

Recuerdo que salimos de casa, en la calle Barranco, ancha y espaciosa y cruzando un arco bajo, nos colamos prácticamente en la calle Mayor, estrecha y sinuosa, con negras viviendas que parecían ofrecernos refugio, descubriendo caserones vetustos, blasonados escudos de piedra, arcos bajos y galerías altas cabe los salientes aleros que esconden entre sus sombras la labor de complicadas tallas y el trabajo de pendientes florones; seguimos volviendo esquinas y cruzando los pasadizos de lóbregos soporales a modo de vistazo rápido, con la mirada fija “en lo alto”, “allá arriba”, al pie de la famosa peña del santuario, engarzado en el bravío peñascal con el nombre de Virgen de la Peña.

Subimos poquito a poco hasta el santuario de la Virgen de la Peña, buscando el recogimiento místico apropiado para el fervor de la plegaria a la Virgen, reposo para nuestros cuerpos y luz para el alma en aquel santuario de la Madre de Dios. El panorama desde el magnífico balcón de la Virgen María de la Peña es grandioso. Pocos miradores de tierra aragonesa, pocas atalayas tan espléndidas para el regalo de los ojos como el claustro del santuario de la Virgen de la Peña, desde donde la curiosidad del peregrino y devoto o viajero, en general, se complace plenamente en la gran vega gradense, en cuyo verde fondo florido —como alguien ha dicho— y ante el ingente peñón de las Forcas mézclanse las aguas del Esera y del Isábena. Desde este magnífico balcón de la Virgen de la Peña el panorama es grandioso, descubriéndose en toda su dilatada belleza la campiña ribagorzana. Y sin pretenderlo te lleva a recordar...

Ya sabemos que, cuando los árabes derrotaron al último rey visigodo, don Rodrigo, en la batalla de Guadalete, los cristianos se refugiaron en las abruptas montañas de los Pirineos. La Ribagorza, como todas las entidades políticas cuyos orígenes remontan a los tiempos de la Reconquista, pronto se convirtió en el objeto de estudio de historiadores y cronistas.

Es razonable pensar que los exiliados montañeses acudieran en demanda de ayuda al conde san Guillermo de Tolosa, a quien los reyes francos confiaran la defensa de la frontera sur y después que aquel lograra, efectivamente, detener las huestes musulmanas en el Languedoc, dirigiéndose hacia Barcelona, comandara la toma de la ciudad. El prestigio de la persona del conde aumentaría al debilitar la agresividad musulmana, a la vez que alejaba de sí el engorro y peligro que suponían los inmigrados dentro de sus estados; y éstos necesitaban del poder y autoridad del conde para mantener unidos entre sí con el firme propósito de retornar a sus hogares después de arrojar de sus tierras de forma definitiva a los invasores.

A la geografía correspondía obstaculizar las correrías y el pillaje de cabecillas arropados con el nombre de Mahoma, pues los estrechos valles pirenaicos a la sombra de sus altas montañas favorecían la defensa de las

antiguas fortalezas romanas a lo largo de los escabrosos caminos; en los monasterios antiguos, debidamente restaurados, y en los de fundación nueva se mantendría la llama cristiana y religiosa, a la vez que se fomentaría la voluntad de resistencia y el afán de liberación.

De acuerdo con lo que admite la opinión común respecto de los decretos o documentos librados por los “señores de Tolosa” antes del año 870, los condes tolosanos disponían en todo el norte de Ribagorza y Pallars, es decir, en los valles configurados por las cuencas altas del Noguera Ribagorzana y Noguera Pallaresa a partir de Sopeira y Gerri de la Sal, y algo más al occidente, sobre el Isábena, Esera y Cinca, por encima de los monasterios de Obarra y san Pedro de Tabernas, de acuerdo con la documentación de Abadal, “Els Comtats de Pallars i Ribagorça”, pág. 23, por un lado, y de M. Duque, “Colección diplomática de Obarra”, XXVI y XXVII, por otro; en los documentos 28 y 51 de su misma Colección ratifica tales circunstancias.

Al salir del santuario nos acercamos a la reciente restaurada galería del balcón que se levanta sobre los campos, sobre el valle, sobre los ríos y el pantano, para contemplar y recrearnos una vez más en ese panorama que desde la Peña es grandioso. Nos disponíamos a tomar algunas fotografías cuando pude observar el que para mí sería motivo de sorpresa y admiración: ¿quién había de pensar encontrar en este santuario de la Virgen de la Peña de Graus “cultura helénica” y precisamente en el hermoso lugar de mayores perspectivas, de horizontes más abiertos?

En efecto, al contemplar todos los detalles pude leer en los capiteles de las columnas interiores que sostienen la galería del balcón unas inscripciones en letras griegas mayúsculas: en la primera, TA ANΩ ZHTEITE, (τὰ ἄνω ζητεῖτε), “buscad las cosas de arriba”, sentencia sacada de San Pablo a los Colosenses 3, 1; en la segunda TA ANΩ ΦPONEITE, (τὰ ἄνω φρονεῖτε), “aspirad a las cosas de arriba”, también de san Pablo a los Colosenses 3, 2; en la tercera, MHΔEN AΓAN, (μηδέν ἄγαν), “nada excesivamente”, que es una de las sentencias del santuario de Apolo en Delfos, según testimonio de Platón en su Protágoras; en la cuarta, ΓNΩΘΙ ΣΕΑΥΤΟΝ, (γνοῦθι σεαυτόν), “conócete a ti mismo”, que es la otra sentencia de Delfos citada por Platón; en la quinta, ΣΥΝ ΤΩΙ ΘΕΩΙ, (σύν τῷ Θεῷ), “Con Dios”, expresión frecuente desde Homero en la literatura griega para expresar la confianza en la gracia o ayuda de Dios para toda empresa.

Así, esos textos o inscripciones en letras griegas de sentencias cristianas y helénicas, de valor humano, ascético y religioso las últimas y de valor sobrenatural las de san Pablo; las primeras de origen misterioso y profundo en la historia de la cultura griega, y las segundas de origen inspirado; verdades racionales alcanzadas por la mente humana y verdades sobrenaturales inspiradas y ante los ojos del peregrino y devoto, en general, el

programa de vida religiosa y cristiana, en máximas sencillas, fácilmente recordables, con signos griegos, misteriosos para el hombre y la mujer sencillos, que, como lo hicimos nosotros, van a rezar a la Virgen, y fecundos en reflexiones tales signos para el hombre culto que busca silencio para sus sentidos, reposo para su cuerpo y luz para su alma en la soledad del silencio de “allá arriba...”, invitándonos, sin duda alguna a “aspirar a las cosas de arriba”. Clara alusión, efectivamente, a los que vivían y siguen viviendo según la carne y a los otros que lo hacen según el espíritu. Y del mismo modo podemos decir también que, según insinuación del mismo Pablo a los Gálatas, (5, 25; 6, 8) los unos viven según el hombre y los otros según Dios. Curiosamente, pues, en el santuario de la Virgen de la Peña, en Graus, Helenismo y Cristianismo aparecen hermanados en un pórtico hermoso.

Esta idea, ampliamente desarrollada más tarde en la doctrina agustiniana, insinúa, en realidad, la relación que deberá existir entre la Ciudad celestial, que está “arriba” y la vida que llevamos aquí “abajo” los ciudadanos de la tierra, en los cuales aquella es peregrina hasta que llegue el tiempo de su reino, y entonces se les entregará el reino prometido, donde con su príncipe, rey de los siglos, reinarán sin fin para siempre. De acuerdo con la doctrina agustiniana, nuestra vida en la tierra es un peregrinar a la única ciudad duradera, la Jerusalén celestial; la ciudad terrena no puede hacer más que proporcionar una morada temporal a hombres y mujeres mientras se dedican a hacer el viaje hacia su morada permanente. Si a uno le basta ser ciudadano de la ciudad terrena, entonces no puede hacer más que aceptar los placeres fugaces que esa ciudad ofrece. En cambio los que quieren ciudadanía en la Ciudad de Dios saben que son “peregrinos en tierra”, y de ahí la invitación de san Pablo en la inscripción de “allá arriba”: TA ANΩ ΦΡΟΝΕΙΤΕ, (τό ἄνω φρονεῖτε), “aspirad a las cosas de arriba” (Pabl., Colonenses 3, 2).

Y es que, mientras el joven romano abordaba Virgilio u Homero después del conocimiento perfecto de las letras y el uso de pequeños textos como los dísticos de Catón, a partir de los siglos IV y V en la escuela cristiana, que era monástica, en lugar de las fábulas antiguas que los niños solían aprender, recibirán de la Biblia su primera cultura y trabajarán ahora la memoria con las máximas del libro de los Proverbios y las historias bíblicas, según programación de diversas Reglas Monásticas, resumiendo a Pierre Riché en *La Educación en la Cristiandad Antigua*. Herder, Barcelona 1983. Concretando, las realizaciones de los pensadores bíblicos y de los pensadores clásicos se llevaron a cabo por separado. En la época de Augusto había colonias judías en todo el ámbito mediterráneo y había sido traducido al griego el Antiguo Testamento. Con la difusión del Cristianismo, a partir de san Pablo, las dos culturas empezaron a influirse

mutuamente: ejemplo claro el que hemos contemplado allá arriba, en las columnas del claustro de la Virgen de la Peña de Graus, cuya autoría erudita hizo esculpir tales sentencias griegas en los capiteles sencillos desconocemos.

Nadie ha recomendado con más entusiasmo que san Jerónimo la lectura y la meditación de la Biblia. “Quien no conoce la Biblia, no conoce a Cristo”: *Ignoratio Scripturarum ignoratio Christi est (In Isaiam, prol. I. Cf. Tractatus de ps. 77:CC 78, 326: “Quoniam autem nescitis Scripturas nescitis Christum”)*, llega a decir en expresión muy vigorosa, para hacer comprender a todos las excelencias de la Escritura Divina como fuente y estímulo de vida interior, como norma de vida, como camino que conduce a la salvación. ¡Qué bien están aplicadas las dos sentencias de san Pablo al lugar y al santuario de la Peña!: “*Buscad las cosas de arriba!*”... “*¡Aspirad a las cosas de allá arriba!*”... Con razón daba san Atanasio, en su *Vita Antonii* 4 y 44, a los monjes el título de “filólogos”, esto es “amantes de la palabra de Dios”. Y san Juan Crisóstomo (*In Matth. hom. 2, 5*) insistía en que todos los cristianos debíamos leer con frecuencia los libros de la sagrada Biblia, el libro por excelencia.

En realidad, la Escritura, jalonada en toda su extensión de innumerables plegarias, no sólo enseña cómo debemos orar, sino que pone en nuestros labios las palabras mismas con que expresar a Dios nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor y todos los sentimientos más puros, capaces de brotar del corazón humano tocado por la gracia. Y esto, por lo común, hasta un grado que nos llena de asombro.

Por eso quiero terminar mostrándome plenamente solidario y agradecido y recordando simplemente la tercera y última de las máximas de “allá arriba”: ΣΥΝ ΤΩΙ ΘΕΩΙ, (σύν τῷ θεῷ), “Con Dios”, expresión frecuente desde Homero para manifestar la confianza en la ayuda de Dios para toda empresa.